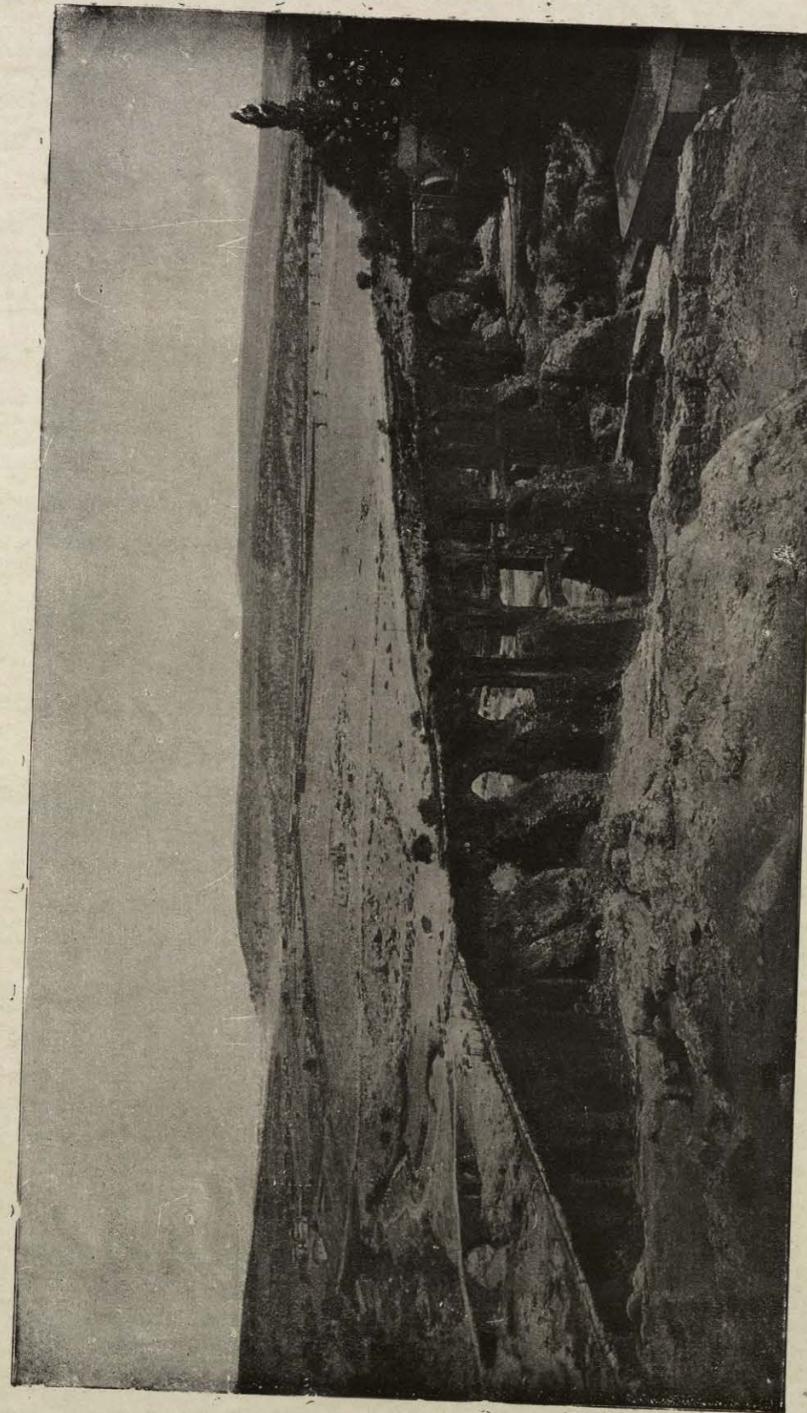


Cuando se estableció cierto amontonamiento en la ruina del edificio improvisado como por magia y desaparecido del mismo modo, las divisiones geográficas naturales se encontraron en la repartición de los reinos. El Asia Menor, como ya hemos dicho, no fué jamás una; península naturalmente recortada en regiones distintas, cuyas vertientes se inclinan, según líneas divergentes, hacia el Mar Negro, el Archipiélago, el mar de Chipre ó hacia el Eufrates, se fragmentó en diversos principados de fronteras movedizas, siguiendo las vicisitudes de las revoluciones locales, de las guerras de provincia á provincia y de las invasiones extranjeras. Por el contrario, la cuenca de los ríos gemelos, el Tigris y el Eufrates, recogiendo las ventajas de primer orden que le daba su perfecta individualidad, reconstituyó el imperio antiguo de Asiria, anexionándose todas las comarcas colindantes como otras tantas dependencias naturales: los pequeños Estados y los grandes reinos debilitados del contorno no podían sino dejarse englobar en la poderosa monarquía de que la Mesopotamia era el centro; así fué como el imperio de Darío y de Alejandro, en la Irania y hasta en la India lejana, cayó en poder del afortunado general que había recibido Babilonia en su parte de herencia. Por último, el valle del Nilo, otro territorio geográfico que formaba un todo completo, de límites naturales bien determinados, llegó á ser también un reino distinto, que se desarrollaba en condiciones de vida propia, independiente, como el antiguo Estado de los Faraones.

Las pequeñas agrupaciones del Asia Menor eran, pues, de harto escasas dimensiones para durar mucho tiempo, en una época en que el apetito de las conquistas se había desarrollado hasta el furor en todo el mundo helénico, dominado por la sombra de Alejandro. Por otra parte, la fuerza de resistencia de las poblaciones anatólicas se había roto durante el vaiven de los ejércitos y de los bandidos, hasta el punto que se vieron bandas de Galos ó «Gálatas» penetrar de Tracia en Troada, á través del Helesponto y avanzar como conquistadores hasta el centro del Asia Menor para constituir allí un nuevo Estado. No obstante, ciertos reinos pudieron conservarse durante cerca de dos siglos, bajo formas incesantemente modificadas, entre la gran monarquía del Oriente tocada en suerte á uno de los lugartenientes del Macedonio, y la potencia de Roma, que se engrandecía



Cl. Sebah et Joullier.

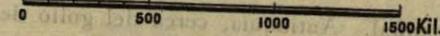
ACUEDUCTO DEL PARAÍSO, CERCA DE ESMIRNA

poco á poco por el lado de Occidente y se anexionaba sucesivamente territorio tras territorio. Uno de esos cuerpos políticos, el más poderoso y el más sólidamente establecido, opuso obstinada resistencia á

N.º 177. Reinos de los Seléucidas y de Asia Menor.



1: 25 000 000



- |                      |                |               |
|----------------------|----------------|---------------|
| 1. Reino de Pérgamo. | 3. Galacia.    | 5. Ponto.     |
| 2. Bitinia.          | 4. Paflagonia. | 6. Capadocia. |

El límite de los reinos se refiere á una fecha de ciento veinte años posterior á la muerte de Alejandro. Varios territorios helenizados: Sinopia, Trebisonda, diversas islas del mar Egeo, Rodas, la Caria, etc., eran independientes de esos reinos.

la conquista romana. Defendido el Oeste por la línea estratégica del río Halys, apoyado por aliados que ocupaban gran parte del contorno del mar Negro, incluso la península de la Tauride y Armenia hasta

el mar Caspio, el reino del Ponto sólo fué subyugado tras largos años de luchas.

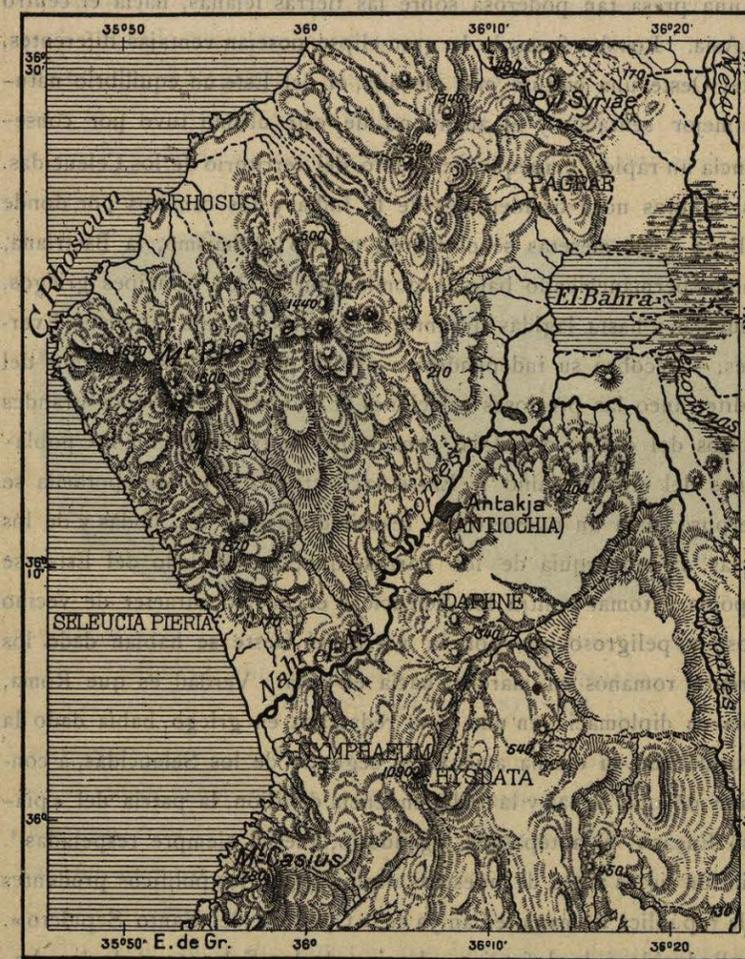
En la historia del mundo, el más importante de los reinos de Asia Menor, gracias á la parte que tomó en la difusión de la civilización helénica, fué el de Pérgamo, donde se erigieron tan bellos monumentos, ricos en estatuas y en bajos relieves, donde vivieron historiadores y sabios, continuadores de los grandes hombres de Mileto y de Atenas, y donde se reunieron los preciosos «pergamino» de la más grande biblioteca de la Antigüedad después de Alejandría.

El imperio de que Babilonia era el centro tocó en parte á los Seléucidas, y debió á sus sólidos fundamentos geográficos persistir más de dos siglos; puede decirse que no desapareció sino para ser reemplazado por otro Estado que afirmó también su independencia frente a frente de Roma. Fuera de la península anatólica, todo el inmenso territorio que Alejandro se había trazado y apropiado en el continente de Asia quedó incorporado al nuevo reino, y sus fronteras hacia el Nordeste, abrazando las cuencas del Oxus y del Jaxartes, se determinaron más claramente del lado de las misteriosas comarcas del Extremo Oriente. Por más allá de las mesetas de la Irania, Seleuco Nicator, el «Vencedor», hasta quiso exceder á su señor Alejandro, y se dice que, en su expedición á las Indias, llegó hasta el río sagrado, el Ganga; pero nutridos con la civilización helénica y deseosos de reclutar sus fuerzas en la patria común de los soldados mercenarios, los Seléucidas no conservaron su residencia principal en la Mesopotamia, ni tampoco en la Babilonia antigua, ni en una ciudad moderna como Seleucia, sino cediendo á la fuerza de atracción de Grecia, fundaron una segunda capital. Antioquía, cerca del golfo de Alejandreta, en el punto que dominan las Puertas de Cilicia y los caminos convergentes de Siria y del Asia Menor. Este lugar, admirablemente escogido, á la salida del rico valle del Orontes y en el punto del litoral marítimo más aproximado á la gran curva del Eufrates, ofrecía todas las condiciones favorables para una gran prosperidad: de ese modo se desarrolló allí rápidamente una ciudad que alcanzó una importancia mundial y llegó á ser pronto una Tetrápolis ó «ciudad cuádruple»,

Véase el mapa número 101, pág. 19, Imperio de Mitridates.

que recibía numerosos emigrantes: Sirios, Judíos, Arabes, Armenios, Persas y hasta Indus; sin embargo, lo que le dió su carácter por

N.º 178. Antioquía de Siria.



El gran camino de Europa en Asia franqueó el Amanus en la puerta Amaniciana ó Puerta de Siria á una treintena de kilómetros al norte de Antioquía.

excelencia fué la entrada de todos los elementos del pensamiento asiático en la forma que les proporcionaba la lengua y la cultura

helénicas. Antioquía fué, como Rodas y Tarso, como Pérgamo y Alejandría, una de las escuelas del mundo mediterráneo del Oriente.

Pero todo se paga. Acercándose á Grecia, la capital de los Seléucidas se había alejado del centro natural del imperio y no había ya una presa tan poderosa sobre las tierras lejanas, hacia el centro del Asia. Los dos focos de la gran elipse poseían ventajas diferentes, el del Oeste una cultura más elevada, el del Este un equilibrio natural mejor sentado, y el abandono de este último tuvo por consecuencia un rápido empequeñecimiento del territorio de los Seléucidas. Las llanuras nord-occidentales de la India y los caminos por donde se llega a las mesetas se olvidaron pronto; asimismo, la Bactriana, aunque permaneciendo bajo la dominación de los príncipes griegos, seléucidas y hasta lagidas durante un instante — bajo Ptolomeo Evergetes, — recobró su independencia é hizo perder á los ribereños del Mediterráneo las preciosas relaciones de tráfico que, sobre los grandes macizos del centro del Asia, comenzaban á trabarse con las poblaciones del mundo chino<sup>1</sup>. Entre la Bactriana y la Mesopotamia se interpuso hasta un nuevo reino, resucitado del de los Medas y de los Persas, la monarquía de los Partos, que, por el lado del Este, se disponía á tomar contra los Seléucidas el mismo carácter de vecino celoso y peligroso que por la parte del Oeste se habían dado los ejércitos romanos en marcha hacia el Asia. Verdad es que Roma, sabia en diplomacia, en una carta redactada en griego, había dado la seguridad de su eterna amistad al segundo de los Seléucidas, á condición de que la paz y la independencia de Ilión, la patria del «piadoso Eneas», el antepasado legendario, fuesen siempre respetadas<sup>2</sup>. Veintiún siglos antes de nuestros diplomáticos, los políticos prudentes de la república Romana tenían ya su «Cuestión del Santo Sepulcro».

Reducido á la defensiva, el reino de los Seleucos y de los Antiocos acabó por no contener más que sus dos elementos primitivos, el núcleo mesopotámico y el litoral de Siria; todavía se produjeron rebeldías sin cesar en ese territorio empequeñecido, y se vió al pequeño país de la Judea hacer frente á los ejércitos sirios, y hasta lograr, bajo los Macabeos, reconstituir su independencia, en apariencia

<sup>1</sup> J. P. Mahaffy, *The Empire of the Ptolomies*, p. 199.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 203.

al menos, porque la mano de Roma se había hecho sentir hasta en esa región lejana, tan importante como tierra de transición entre la cuenca del Eufrates y la del Nilo. Judea, a la que sus montañas y la cortadura profunda del Jordán, hacían muy a propósito para la defensa, lo mismo que en la región del Líbano y de la Cœlo-Siria, era naturalmente un lugar en litigio disputado por las dos grandes potencias limítrofes. Excepto un corto período de invasión siria, había estado primeramente sometida a los Ptolomeos, que tenían interés en tratar con prudencia un



Biblioteca Nacional.

Cl. Groudon.

MEDALLA DE EUCRÁTIDES, REY DE BACTRIANA,  
ANVERSO Y REVERSO SIGLO II ANTES DE J. C.

territorio tan diferente del suyo; pero cuando Antioco Epifanes, rey de Siria, llegó a elevar altar contra altar, y las civilizaciones chocaron entre sí, helenismo contra judaísmo, la explosión del espíritu nacional fué bastante fuerte para dar la victoria a los insurrectos de Judea.

Así, cada parte del imperio, por intrigas y alianzas con los generales romanos, contribuía a su disgregación y por último a la ruina definitiva de Siria. Lo que impidió que los Seléucidas pudieran resistir enérgicamente al poder de Roma, fué que permanecieron extranjeros entre los pueblos de su dominio. No habían echado raíces en el país que dominaban. Griegos y no Orientales, continuaron buscando su punto de apoyo en el mundo griego; las tropas de que se servían para conservar sus súbditos en la obediencia se componían de mercenarios venidos de